

Las muchas muertes de
Pancho Villa



ediciones

m  **mo**



Las muchas muertes de Pancho Villa

1ª edición, febrero de 2018, Ediciones Momo.

D.R. © 2010, Elman Trevizo

D.R. © 2018, Alex Díaz por la ilustración de portada

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ISBN: 978-607-97957-0-2

El hombre que pueda matar a Pancho Villa aún no ha nacido.
Pancho Villa

Mi nombre es Doroteo Rosas

Ir a esa plaza era como retroceder en el tiempo. En ella se podían encontrar cosas muy viejas, y los vendedores vestían con ropas que se usaban hacía muchos años.

A Doroteo le gustaba mucho fotografiarse y siempre le pedía a su mamá que lo llevara a la plaza donde estaba Filiberto, un señor con una cámara muy grande y antigua, de donde salían chispas y humo cada vez que tomaba una fotografía.

Para todos los paseantes, esa cámara era una curiosidad y por eso la veían con detenimiento antes de pedir que los retrataran.

La mamá de Doroteo no tenía dinero para llevarlo todos los días con el fotógrafo, pero iban en cuanto juntaba unas monedas, pues ella quería ver, por medio de las imágenes, cómo iba creciendo su hijo.

La habitación donde dormía Doroteo estaba repleta de retratos en donde salía de diferentes formas: sonriendo, enojado, pelando los dientes, parándose de cabeza, jalándose los pelos, chimuelo y hasta sacándose los mocos.

—Un día de éstos ya no vas a caber en tu cuarto... las fotografías te van a sacar —le decía su mamá al ver el mosaico de imágenes en las paredes.

Pero Doroteo no le creía, y prefería pensar que de grande iba a convertirse en un fotógrafo famoso y rico, que viajaría por todo el mundo enseñándole a la gente lo que salía de su cámara.

Iba a tomar retratos de todos tamaños, y tan coloridos que encandilarían a quien los viera.

Pero había un problema: Doro, como le decían sus amigos, no tenía para comprar una cámara y así nunca empezaría a tomar fotografías. Ni buenas, ni malas.

Todos los 31 de diciembre se ponía como propósito de año nuevo juntar lo suficiente para comprar una muy grande, que sacara más chispas que la de Filiberto, o una más nueva, aunque no sacara nada.

Pero pasaban los años y por más que ahorraaba, nunca juntaba suficiente dinero, ni siquiera para una cámara del tamaño de una uña de gato.

Se empleaba con los vecinos para cortar la hierba, traer el mandado o sacar a pasear el perro, pero en la escuela se gastaba el dinero así como lo ganaba, pues su estómago le pedía galletas rellenas de chocolate, raspados con chamoy o paletas de tamarindo que, al igual que a sus amigos, le encantaban; y no le importaba que los maestros dijeran que con esos *chuchulucos* salían lombrices. Seguramente él ya tenía una muy grande comiéndole parte del estómago.

Así hubiera estado Doro, sin comprar ninguna cámara, si no se hubiera encontrado en el parque a una señora muy misteriosa que le ofreció un trabajo para que pudiera cumplir su sueño.

La señora era flaca, de piel muy blanca y greñas enredadas. Pero aun así, era bonita, con los ojos negros y la mirada triste, aunque un poco terrorífica.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Doroteo Rosas Parra para servirle —contestó rápidamente, pues su mamá siempre le había dicho que así se debe de contestar. De corridito, sin tomar aire, y siendo atento con los adultos.

A partir de ese momento en el que Doro le extendió la mano a la señora misteriosa para presentarse, se hicieron muy buenos amigos. Entonces ella lo invitó a darle de comer a las palomas. Se veían todos los días a las cuatro de la tarde y aprovechaban para platicar de muchas cosas, como por ejemplo, el gusto de Doro por la fotografía.

Y aunque platicaban mucho, no fue hasta una semana después de conocer a la señora cuando ésta le confesó su nombre:

—Alicia Perea. De los Perea de San Francisco del Oro —aunque Doroteo no sabía dónde estaba ese pueblo que se llamaba tan raro.

Todos los días, alrededor del niño y la señora, estaban cientos de palomas disfrutando las semillas que les aventaban. Los dos, para entretenerse, inventaban historias.

—Esa paloma de ahí, se llama Fermina. Antes vivía en el Ojo de Agua, pero en ese lugar ya no hay comida, y ni mucho menos qué beber, y por eso se vino a vivir a Parral, para no morir de sed y hambre.

—Él se llama Carmelo, y siempre ha vivido en Parral. Era el palomo mensajero de un soldado, pero se cansó de siempre llevar cartas de amor y cuando tuvo la oportunidad de escaparse con una paloma, lo hizo.

Y así iban inventándoles vidas. Pero al igual que el palomo Carmelo, Doro se cansó de hacer lo mismo todos los días y le dijo a Alicia que ya no podría acompañarla porque tenía que ir a jugar fútbol con sus amigos. Fue la única mentira que se le ocurrió.

Y como no era muy bueno para mentir, doña Alicia supo que a su amigo ni siquiera le gustaba el fut. Entonces, para que no se aburriera, decidió contarle un secreto; uno de éstos que, dicen, te cambian la vida.

—Esto no se lo he dicho a nadie. Tú vas a ser el primero en saberlo. Pero como te llamas igual que él, te lo voy a contar.

—¿Igual que quién? —preguntó Doro, sin entender de quién hablaba doña Alicia.

—Igual que Pancho Villa.

Doro se quedó pensativo, y luego contestó:

—Yo no me llamo Pancho Villa. Me llamo Doroteo Rosas.

—¡Ay chamaco! Pancho Villa tampoco se llamaba así.

—Pues ya me reborujé. No sé quién es ese tal Pancho.

Doña Alicia respiró hondo y empezó a explicarle. Doro abrió los oídos para entender bien, para que su amiga no pensara que era un tardado y que no sabía escuchar.